

ECHEVERRÍA, ESTEBAN (1805-1851)

*PEREGRINAJE DE GUALPO*

Él miraba con tedio todos los placeres que enervan el alma y gastan los resortes de la sensibilidad y la energía. No celebro con pompa sonora los estragos de Marte furibundo ni las hazañas de algún héroe que haya en las alas fragosas de la guerra derramado su nombre por los ámbitos del mundo, y cual fatal meteoro llenado de pavor al universo. Canto solo las aventuras de un hombre obscuro, y si las sacras Musas me infunden su estro divino, quiero que a mi voz el nombre de un hijo del Nuevo Mundo aparezca con brillo en las remotas regiones del Occidente y del Septentrión. Vosotras, divinidades sacras de la América, salid de la oscuridad en que estáis sepultadas, y venid a inspirar a un hijo de nuestro suelo; venid para que el mundo vea que también tenéis un Parnaso y genios predilectos. Y vos, ¡oh sol!, Padre de América, fuego creador del universo, animad mi canto con vuestros rayos vivificantes, y prestad a mis versos la lumbre pura y cicatriz de tu faz resplandeciente para que absorban la atención de los hombres y de las edades. En las márgenes risueñas que baña con curso arrebatado el Plata caudaloso, vivía un joven cuyos días se pasaban en el silencio, retirado del mundo y rodeado sólo de algunos amigos, al parecer sin aspiraciones y entregado únicamente a la reflexión; su vida era algo misteriosa y los primeros años de su juventud habían sido turbulentos; mas todo esto era un secreto para los que lo rodeaban, porque él había echado como un velo sobre sus primeros años, y en sus conversaciones jamás manifestaba algo que tuviese relación ni a su vida disipada ni a los verdaderos sentimientos que fermentaban en su corazón: Gualpo era su nombre. Su prosapia era desconocida, o sus ascendientes no le habían legado un nombre bastante ilustre ni opulencia para que pudiese ser mirado con respeto por los otros, ni conservado en su memoria; pero no era tan obscuro que se confundiese con los de la multitud. Su conducta, su aislamiento y su vida algo misteriosa no dejaba de excitar la curiosidad, y el dedo público buscaba su descendencia en la cuna de los Incas, no sólo por su nombre, sino también por algunas tradiciones vagas que corrían de boca en boca. Sus compañeros de infancia y de estudios lo frecuentaban, y notando su aspecto meditabundo suponía que se agitaban en su mente grandes pensamientos: aunque él no lo dejaba ver en sus discursos, observábase que en medio de las reuniones más alegres y más brillantes, cuando su fisonomía respiraba alegría y contento, de repente su faz se cubría con el velo de la tristeza que vagaba en su frente, ocupada al parecer de un grave pensamiento. Entonces, pensativo, se alejaba de sus compañeros en actitud triste y buscaba en la soledad y en el silencio el reposo de su mente; entonces por muchos días se esquivaba a sus amigos y aun huía de la sociedad de los hombres, mirando con indiferencia cuantos halagos y atractivos presenta el mundo y sus aficiones. Mas esta indiferencia no nacía de un cinismo o de un orgullo despreciable, sino de que amando la meditación buscaba la soledad y el aislamiento para poder dar más libre curso a sus pensamientos lejos del ruido tumultuoso del mundo y del contacto de los objetos que

podrían despertar sus pasiones adormecidas. A fuerza de encerrarse en sí mismo, de atar, por decirlo así, sus pasiones violentas a la razón, a fuerza de ofuscar su sensibilidad viva y simpatizante, había conseguido dominarlas y levantar como un muro diamantino entre su corazón y todos los objetos que pudiesen exaltarlo o conmoverlo. Esto lo hacía porque joven aun había experimentado los desengaños del mundo, y visto lo deleznable y efímeras que son las ilusiones y los placeres. Flotando de extravía en extravía, de emoción en emoción, no había visto más que desengaños, y su corazón burlado, que se prestó antes con furor a todas las emociones, ahora las esquivaba como un veneno enervante y destructor de su reposo y aun de su energía. Pero su sensibilidad aun no estaba ofuscada y extinguida, que aun fermentaban en su corazón los gérmenes divinos de grandes pensamientos, y su ánimo era como un volcán de pasiones y de actividad prodigiosa que había sido comprimida por los contratiempos del mundo, los desengaños y las desgracias, y que no necesitaba una conmoción violenta para estallar. Su juventud había sido licenciosa y agitada por mil tormentas, mas él había echado un velo sobre lo pasado como para ofuscar su conciencia, y como para expiar con aspiraciones más elevadas y más nobles sus descarríos. Entre tanto, un fuego interno lo consumía, y en la lucha constante entre sus pasiones terrestres y sublimes, su mente era la tempestad, la sociedad de los hombres le era monótona e insípida y se alejaba cuanto podía de ella para sumergirse horro en su elemento. Sus amigos a veces le reprochaban su inacción y que pasase su juventud en silencio y la obscuridad, cuando podía emplearla con ventaja en bien de su patria o de sus semejantes. Pero él respondía a esto con palabras concisas y misteriosas sin querer nunca explicarse sobre sus intenciones; y ya cansado de sufrir y de anhelar abandona sus lares. A bordo, a bordo, dice, y abandona a las ondas su suerte y sus esperanzas. Con la aurora flotan las velas de su navío que surca orgulloso por los senos argentados del Plata llevando al peregrino. El júbilo vaga por el semblante de Gualpo y parece que al pisar sobre el húmedo elemento encuentra lo que anhelaba. Envuelto en su ancho manto y sentado en la proa del navío, ora su vista esparcía por el inmenso cielo, ora cubre su faz y da curso a sus pensamientos. Su aire silencioso y pensativo llama la atención de los marineros, que lo miran con cierto respeto y como a un ser misterioso y sobrenatural. Entretanto, el navío avanza más y más, ayudado por un pampero favorable, y él, cuando ya ve que la faz de su tierra natal se confunde con las nubes, dirige el adiós postrero a su Patria. "Adiós amada Patria, ya me alejo de tu suelo encantador y hospitalario; ya encamino mis pasos más allá del Océano; lleno de esperanzas y ansiando calmar la agitación de mi mente y mis pesares, voy a buscar en el espectáculo del universo, alimentando mis fantasías. Adiós; ya mi barca se entrega a merced de los vientos y mi fortuna y mi vida son el juguete de las ondas voraces. Bastante luché ya con los elementos de mi fausto destino, y ahora nueva lucha emprendo, pero no tan terrible. Mi mente ansiaba salir del círculo estrecho que lo rodeaba y elevarse si era posible a las regiones etéreas: temprano bebí en la copa del desengaño y deseché los frívolos placeres para elevar mi espíritu a menos vacilantes ambiciones; ya me parece que respiro el aire del universo."

Recostado sobre el corvo pavés del navío, Gualpo contempla al parecer con un ojo indiferente las riberas de su tierra natal, que cual monte coposo aparece en el horizonte cubierto de celajes y de arboles de grana. La ve poco a poco desaparecer a su vista y ninguna emoción aparente manifiesta en su semblante. El cielo estaba sereno y

transparente: el Plata, en calma, reflejaba sus argentadas ondas y solo interrumpía su serenidad la aguda proa del navío que separaba las ondas en cercos espumosos ayudado de una brisa bonancible. Gualpo contemplaba este espectáculo con júbilo y se deleitaba en ver el aspecto de su naturaleza tan apacible y sereno. El astro del día hundía ya su frente radiosa en el horizonte, y el carro de la noche se avanzaba presuroso a cubrir de duelo el universo. El eco monótono de las olas y el grito doliente del marino en sus maniobras, formaban una melodía tosca y expresiva que encantaba por su novedad los oídos de Gualpo. Súbitamente un ruido sordo se oye a los lejos y éste crece progresivamente como el trueno o como la tempestad y despierta la atención de Gualpo, que embebido en sus cavilaciones, escucha atentamente y observa que este ruido no es sino el grito de alarma y la conflagración de la guerra que ha estallado en su patria contra el usurpador del Brasil. El Rey de Portugal siempre ha mirado con ojos de concupiscencia la perla del Oriente y se la había disputado en mil circunstancias con la corona de España. En tiempo de nuestras guerras civiles, cuando nosotros, poco diestros en la libertad, nos disputábamos la supremacía de planificarla en nuestro suelo, la anarquía consumidora devoraba a las bellas comarcas del oriente, y entonces el pérfido monarca del Portugal se amparó como pacificador de este suelo libre, lo redujo a la opresión y lo hizo gemir bajo el cetro cuando ya había gustado con delicia los encantadores bienes de la libertad. Sus hijos expatriados y prófugos buscaron un asilo en el seno de sus hermanos argentinos y fueron a llorar entre hombres libres la esclavitud de su Patria; así la usurpación y la perfidia triunfaron en un momento fatal y destruyeron la libertad de un pueblo que por muchos años gimió bajo la opresión. Pero al fin el día debía llegar en que el heroico pueblo de Buenos Aires, después de haber pretendido del monarca del Brasil por las vías pacíficas la libertad del Oriente, debía prestarle su brazo para que humillase el orgullo de un monarca y recobrase sus fuerzas. Treinta y tres bravos orientales a insinuación del argentino, pisan el suelo patria con el ánimo decidido de destruir a los usurpadores eso perecer en la lucha. El grito de libertad que pronunciaron se derramó luego por todas las comarcas del Oriente, y miles de bravos vinieron a la voz de sus hermanos y juraron lavar con sangre el borrón de su ignominia; guerra, guerra sonaba por todas partes, y las comarcas del Brasil repiten: guerra, y los esclavos de su suelo animados por salario y el pillaje, se avanzan a la lid, y los hijos del oriente ardiendo en el fuego sacro de la libertad se avanzan también. Los argentinos unen sus legiones a las legiones de Oriente - los argentinos que supieran humillar en mil batallas al León de España y perseguir hasta sus antros más recónditos -. Los argentinos, que dieron el primer grito de libertad al Nuevo Mundo y quebrantaron en un momento las cadenas rojas que por dos centuria lo habían oprimido. Pronto el esfuerzo de su brazo romperá también las de Oriente y hará temblar en su trono y vacilar en su imperio usurpador del Brasil: Gualpo con este pensamiento se llena de regocijo, y confiado en el brazo poderoso de sus compatriotas no teme por la suerte del oriente y ve acercarse la aurora de su libertad y tal vez la del Brasil. El ruido se pierde sordo en el espacio y se confunde con el eco monótono de las ondas. El navío vuela en alas del Septentrión dejando apenas una pequeña traza de su pasaje sobre el líquido y fugaz elemento. El cerúleo resplandor de las ondas y su aroma vivificante anuncian ya a Gualpo que se halla en medio del piélago insondable y habla así en el océano: "¡Salud, salud, salud Océano inmortal, elemento asombroso! ¡Gigante de la creación que encierras entre tus brazos al universo, yo te saludo lleno de júbilo y de admiración! Bastante ansié el momento feliz

de espaciarme en tu seno inmenso, de contemplarte faz a faz y de ver sin terror la agitación y el movimiento incesante de tu voluble seno. Bastante ansié, allá en mis días de pesar, venir a confundir mis quebrantos, y a olvidar mis penas en medio de tu tumulto. No temas, no, que tu aspecto terrible e imponente me abata como al vulgo de los hombres; mi espíritu ama siempre lo grande y lo sublime. Que aun cuando no puedo mirarte sin asombro, más por tu grandeza e inmensidad que por pavor - ese hervor constante de tu seno, es la imagen viva de mi pensamiento- y por eso es que siempre busqué el espectáculo variado e imponente de la naturaleza removiendo sus ingentes y poderosas fuerzas. ¿Quién no olvidaría al mirarte todos sus males y sus recuerdos y aún todo lo terrestre y mundano? Ya no alcanzan a mí los tiros del Mundo - los agujones del dolor - las convulsiones del hombre luchando contra el destino - que todo lo olvida y lo confunde el contemplarte. ¡Oh, Océano; mi pensamiento altivo se agranda como tú y vaga encantado en lo infinito y cree penetrar ya tus secretos misteriosos e insondables!" Así hablaba Gualpo al Océano, y absorbido en sus pensamientos, los días se pasaban y su bajel flotaba por los mares pacíficos del ardiente Brasil. En su semblante manifestaba más júbilo, y ya no se veía aquel ceño pálido e indiferente que alejaba a los otros de su trato. Parecía que había renacido a la esperanza y al contento; en efecto, desde que Gualpo se hallaba en medio del Océano, su espíritu estaba más sereno y su corazón sentía menos los agujones del dolor; todos sus tristes recuerdos eran como un sueño, vagos y sombríos. Su gusto favorito era contemplar en la noche a la naturaleza y dar, respirando los ambientes aromáticos del mar, un libre curso a sus pensamientos. Ora lo atrapa y lo absorbía el disco argentino de Diana, que sereno y libre se eleva del horizonte bermejo e inunda con su lumbré inmensa el universo, reflejando su rubia y amarillenta faz en el espejo del Océano. Ora las nubes que cubren súbitamente su semblante radioso y derraman las tinieblas y la noche sobre el faro del navegante perturbando el regocijo del mundo. Ora el eco monótono del navío que con una armonía salvaje lucha con las olas y se desliza por un piélago de fósforo luciente, formando cercos inmensos y espumosos de fuego. Ora millares de lumbres que brillan vagando sobre la faz móvil y oscura del Océano semejantes a otros tantos ojos de este gigante del universo. Gualpo no podía contemplar el mar y sus diversos espectáculos sin un sentimiento secreto de orgullo. Soy hombre, se decía, y me hallo en medio del Océano. Soy un átomo en lo infinito y huella bajo mi planta el elemento más fiero e indomable: al pensarlo mi espíritu toma un vuelo sublime y mis pensamientos se dilatan como la inmensidad. En mi estrecho recinto de mis lares me hallaba abatido y como encadenado, más ahora he recobrado mi libertad, mi vigor; el universo es mi habitación, la bóveda celeste el techo que me abriga, y mis amigos y mis compañeros los elementos. Sacudido, ora por el infortunio, ora por el desengaño, Gualpo se había cansado temprano de las cosas del mundo y aun de la esperanza; había visto agotarse en sus manos las flores de su juventud; los placeres, las ilusiones y aun los goces más puros e inocentes, pues con ellos había siempre libado un veneno mortífero; así la guirnalda lozana de su aurora se había deshecho hoja por hoja, y él había caído en la noche terrible de la desesperación sin guía y sin un faro consolador que dirigiese al camino de la razón, en la edad que para los otros hombres la vida está adornada de placeres e ilusiones. Sin embargo, un pequeño lampo de esperanza aun lo sustentaba, un sentimiento vago, confuso e indefinible, le advertía que aun la tierra no estaba desierta para él y que el mundo encerraba algo que pudiese procurarle algunas satisfacciones, y que aun le era posible vivir entre los hombres como un fantasma o como

una sombra errante y espantosa de la tumba. Esta esperanza lo hizo ir a buscar más allá de sus lares, entre el espectáculo tumultuoso del mundo y entre las ruinas de los tiempos pasados, un alimento a su fantasía y un bálsamo consolador para las llagas de su corazón. Y en efecto, Gualpo, en medio del mar, había conseguido, si no cicatrizarlas, al menos un alivio y echar velo del olvido sobre su origen y sobre el triste tiempo pasado. Sin embargo por momentos solía sorprender una lágrima sobre sus mejillas causada por algún recuerdo, que como chispa eléctrica pasaba por su espíritu en medio de la soledad y el silencio. Aun cuando el pensamiento esté absorbido en las cavilaciones por los objetos más sublimes, los recuerdos asaltan al hombre, a su pesar, y vienen como sombras vagas a reflejarse en el espejo maravilloso y mágico de la imaginación. Entonces no podemos menos que echar una ojeada súbita sobre el cuadro de lo pasado, y se representan a la fantasía los descarríos de la juventud con los colores de la prisma, vivos y revistiendo mil formas. Esto le sucedía a Gualpo; un sentimiento confuso y vago de arrepentimiento lo asaltaba en medio de sus meditaciones; sentía su tiempo perdido en disipaciones inútiles con que había vivido el veneno del desengaño. Su juventud cansada y marchita; sus días amargados tal vez para siempre; sus ilusiones desvanecidas, y en fin, todo lo que puede embellecer la vida y hacer apreciable la existencia era sin atractivo y pálido y sin encanto para él. Sentía verse entre los hombres como un ser heterogéneo, no participando de ninguna de sus distracciones y mirando con ojo indiferente y al parecer helado lo que encanta a los demás. Él sentía que para vivir feliz en la tierra es preciso obrar como los demás, dejarse llevar del torbellino del mundo y plegar su corazón y sus sentimientos a las leyes de la opinión y de la sociedad. Es preciso despojarse de esa inflexibilidad y rudeza de sentimiento, distintivo de las almas grandes, y doblarse como la será según las circunstancias y los intereses. Pero él olvidaba luego todo esto y como un precito se abandonaba al torrente de su destino, viendo que era imposible retrogradar, y dejaba que sus recuerdos, como un mástil que flota entre las olas, viniese a angustiarse por momentos. La naturaleza comenzaba a brillar con todo su esplendor - y el cielo algo transparente de la zona tórrida se revelaba con todos sus encantos a la vista de Gualpo: la mar estaba serena y su faz reflejaba a un llano inmenso de cristal -; aquí y allí algunos peces mostraban sus argentadas alas y deslizaban con movimiento suave y placentero sobre el líquido transparente; más allá los enormes cetáceos formaban círculos espumosos y levantaban con su soplido torbellinos de agua que caían como lluvia formando una armonía desapacible. Algunos pájaros, ora se mecían sobre el bajel, ora se fijaban en los mástiles y con trisca y algazara parecían celebrar la belleza de la naturaleza. El horizonte estaba claro y la vista se perdía en su inmensidad; la brisa lamía las ondas suavemente como si temiese su reposo levantando apenas los cabellos del Océano: Súbitamente un negro celaje se levanta en los confines del horizonte y se avanza con majestad por el espacio como presagio funesto de la tempestad. El cielo se cubre de un velo tenebroso y las olas forman a lo lejos un murmullo sordo semejante a algún temblor de tierra o al trueno en las remotas concavidades de la bóveda celeste. El Aquilón sañudo las bate con sus alas y poco a poco se agitan y se encrespan como las guedejas o las crines de un fogoso bridón excitado por el látigo abrumante o por el agudo acicate. El flúido eléctrico se desprende de los blancos de las nubes que se chocan tumultuosamente en el firmamento y brilla formando serpientes de fuego y aturdiendo con su estallido. La naturaleza toda está en convulsiones y guerra: las ondas, empujadas más y más por los vientos, forman ya montañas que se elevan al cielo, levantando en sus hombros inmensos

al pino endeble que se desploma allí y cae en las profundidades del abismo, y se levanta de nuevo después de haber desaparecido. Como un bridón salvaje que siente por primera vez sobre sus lomos el peso, se encorva y sacude sus crines y se eleva en los aires como para arrojar al insensato que quiere dominarlo, así la onda ciega sacude sus hombros potentes agita sus crines y arroja espuma como para sumergir la nave débil que ha querido con osadía hollarla.